

DEDICATORIA A S.M. LA REINA DÑA. SOFÍA

SEÑORA: Las historias de España -que guardan tanto los bondades como las desdichas de la nación- han escrito con letras de oro para las memorias venideras sólo dos nombres señeros de todas sus reinas: el de **Isabel de Castilla** y el vuestro, **Sofía de Grecia**. El de Isabel porque bajo su cetro se fundieron los reinos peninsulares en la unificación política que reclamaban entonces los tiempos; después porque tiene resonancias de mares ignotos y de vacilantes carabelas atravesando los dorados fulgores del horizonte ultramarino, tras los cuales, desde el principio de las edades, desconocidos pueblos habrían de ofrecer a Europa por vez primera la candidez de sus costumbres y el esplendor novedoso de sus civilizaciones. El de Su Majestad, Señora, por una razón bien sencilla: su vinculación personal y directa con la innovada democracia española en la que viven ya las nuevas generaciones y a la que han dado realce y consolidación la discreción de Su Majestad, su elegancia digna, su alto nivel de cultura manifestado en cuantas tribunas del saber humano ha sido solicitada su prestigiosa asistencia y la presencia noble, grave, proporcionada y siempre grata de su persona en los actos solemnes de la nación o en las humildes plazas de los pueblos.

SEÑORA, el modesto autor de esta libro, de habérsele dado por el destino la facultad de elegir el momento y hora de nacer, bien que sabe el placer que hubiera experimentado por abrir los ojos a la luz de la vida en algunos de los insignes tractos de la historia nacional -pletóricos del resplandor de las artes y de las letras- en los que, a pesar de ser los hombres más vasallos entonces que libres y más dueños de otros que de sí mismos, sólo encontraban la manumisión (igual que en los tiempos que corren) transitando el camino de la sabiduría.

Pero no ha sido dejada a la libre disposición de los humanos la elección ni del principio ni del final de su existencia, de forma que, colocado en el punto de partida y estando ya en el tramo donde la ancianidad hace despuntar la blancura de las canas, hoy, con mayor desencanto que esperanza, ha levantado la vista del espectáculo general que presenta su patria, y de ella sólo el nombre **democracia**, destelleante sobre las Instituciones públicas y privadas como así mismo de los gobiernos y de las gentes, no bastara para aligerarle del peso del desánimo si el nombre de **Su Majestad** no hubiera brillado desde la primeros instantes con luces prometedoras junto al de una nostálgica denominación, casi hueca todavía al menos hasta tanto las costumbres no se configuren y acomoden de acuerdo con su cabal, auténtico y glorioso contenido.

Así, pues, **Señora**, en razón de vuestras notorias prendas personales, de vuestro decoro y nobleza, de vuestra sabiduría, del respeto y aprecio que os tienen todos los españoles, y porque sois, en fin, una sólida garantía del porvenir espléndido de la joven democracia española, este libro (os trae los ecos dulces del sabio idioma de vuestra patria helénica) tenía la obligación de ser el primero en llegar a vuestras reales manos y de rendírseos a los pies en señal de ofrecimiento.

Con toda la leal, sincera y respetuosa admiración de su autor